

# Notables Santos hay cientos

□ Fernando Eduardo López

Se acuesta temprano y sin embargo no puede conciliar el sueño. Le preocupa la conversación de su madre con el médico:

Doctor, no pronuncia la ere, ni las eses.

A ver, abrí la boca.

Ahhhh...

¿Nunca habló bien?

Nunca, doctor.

Siente frío y una sensación de soledad horrible bajo la frazada. Sigue nevando y el invierno se promete largo, más que ningún otro. El árbol que ocupa la ventana ha crecido mucho para un sol tan esmirriado y la cama, su pobre cama, no se calienta con su cuerpo. Esos dedos apenas se cierran sobre los objetos y siempre deja la huella de sus células muertas en el borde de las cosas. Cubriéndole la cabeza y las orejas, duerme con él un gorro que le trajo su padre de Bolivia.

Como el sueño no llega lo intenta de nuevo:

—Ajejino... jijebuta... ajejino...

No hay caso

Hedmitaño... dosadio... dama...

Si el espejo dice que su lengua está intacta, no halla razón para el exilio de esas consonantes. Por eso le gusta más decir tomate, culo, dueño, mate, nieve: la lengua se mueve razonablemente bien entre los dientes escasos.

Se vuelve contra la pared. Acomodado ya, frota las manos sobre su sexo, pero tampoco así llega el calor. Esa noche no hay carbón para mantener el brasero encendido. En el travesaño de una silla ha quedado colgada la bufanda y él la mira de rabillo, con tristeza: no se atreve a levantarse y buscarla. Teme que el chiflete que entra por el vidrio roto le llene de nuevo la garganta de tos.

Insiste:

—Jantoj... Jantoj...

Cerca de medianoche siente bajar un lento sopor sobre los párpados. Se alegra, pero está de Dios que no habrá de dormirse todavía. Escucha unos golpes en la puerta y una voz que lo llama:

—Santos... abrí, que está nevando.

No contesta, aún no está seguro de soñar o no.

—Vamos, Pepe, que no quiero enfriarme.

Los golpes son más fuertes esta vez. Ya no le cabe duda de que le hablan a él. Se calza las alpargatas de lona, envuelve el cuello con la bufanda y echa una manta sobre sus hombros. Tras abrir la puerta halla frente a sí, suspendida en el vacío, nada menos que una hacha. Medio herrumbrada, lenta en sus movimientos. Lo mira como con cierta tristeza.

—Déjame entrar —insiste.

Santos permanece bajo el marco de la puerta: ni pestañea, ni cierra la boca, ni se decide. Por entre los dientes y los pelos de la nariz se le escapa un vapor que se condensa rápidamente en los bigotes y la barba.

—¡¡Vamos!!

Sacudido por la voz potente del hacha retrocede hasta el centro de la habitación. Arrastra los pies, de tan helados que están —como el resto del cuerpo— apenas le obedecen. Desde la puerta hasta su cama se forma una doble huella de escarcha barro y pelusa. El hacha cierra la puerta y se le acerca.

Sé que no puedes ofrecerme cena, ni una ducha caliente. Pero tal vez, si nos acostamos, encontremos un poco de calor.

Así lo hacen y en efecto, Santos comienza a sentir los dedos mansos y el cuerpo lentamente agasajado.

Aún está sorprendido y habrá de durarle un rato largo la desazón repentina. El hacha se va revelando poco a poco un ser locuaz que lo pregunta todo sin decir nada de sí. Santos le contesta en ocasiones, otras prefiere callar, o reír con esa mueca que quiere ser su risa. Calla las más de las veces, por pudor, o porque ignora la respuesta. El no pregunta: le basta con mirar.

Ya parece que se conocieran desde un siglo atrás, hasta que el sueño los vence.

Y pasan las horas.

—¿Con quién hablabas anoche? —le pregunta su madre, mientras unta pan con mermelada.

—Jolo.

—¿Con quién hablabas? —insiste.

—Conmigo. Taba penjando.

—No mientas.

Santos sorbe la leche caliente. Arranca la miga con los colmillos y mastica, lentamente. Su madre le increpa:

—¿De dónde sacaste el hacha?

—E'mía.

—¿De dónde la sacaste?

—L'enconté.

Nada más le dice. Bebe y engulle satisfecho por no tener que responder a otras preguntas.

Antes de ir al colegio ha dispuesto emprender una tarea: hay una sombra que habrá de transformarse en fuego. En una mano lleva la valija con los cuadernos, los lápices, la horqueta y el papel glacé. En la otra el hacha. Se saluda con los vecinos de los otros departamentos, que cruzan el patio en dirección a la rampa de acceso para abordar sus bicicletas y marchar al trabajo.

Es una mañana espléndida. Asoma al rostro de todos la alegría que refleja la naturaleza: alguien canta, más allá otro silba, una voz promete pan caliente para la buena digestión del desayuno. Y Santos, en medio de tanta algarabía, comienza su tarea. Los primeros golpes del hacha lastiman apenas la dura corteza del álamo, que salpica con breves astillas su gorro y su abrigo. El filo no está mellado, pero la herrumbre le ha quitado la costumbre de cortar. El cuerpo del árbol suena como una profunda caja, como si huyera hacia las ramas la mitad de su vida que, privada de raíces, procurara esparcirse en el aire. Ya muerde el hacha la madera

subcutánea, abriendo una boca seca por donde entrará la muerte y se llevará la sombra. Sus filos, poco a poco, brillan, con el color del acero. Y cuando más relucen más rápidamente ensanchan el abismo que separa al árbol de sí mismo.

Santos disfruta con su tarea. A su alrededor, sin que él lo note, se agrupa la gente que minutos antes marchaba a su trabajo.

—¿Qué hace? —le increpa una persona de edad.

Santos se detiene y lo mira. Repiten la pregunta cinco o seis veces y Santos descubre la vaga sensación de estar haciendo una idiotéz.

—Ej un ádbol gande —ensaya.

—¿Se está volviendo loco?

—¡Ese árbol es de todos!

—Tapa la ventana. Tapa el jol.

Sus dedos, cubiertos con guantes deshilachados, procuran incentivar su pensamiento hurgando en la coronilla. Pero sólo consigue remover la caspa.

—Llaman a la madre, que se lleve a este infeliz.

—¡Hay que encerrarlo en el sótano!

Alguien procura arrebatarse el hacha. Santos, con un ademán violento, la levanta sobre su cabeza y retrocede. No permitirá que se la quiten. El grito de una mujer alerta a todos sobre el peligro del idiota embravecido. Atónito, Santos contempla el desparramo, tan insólito, tan espontáneo. Baja el hacha y se apoya contra la espalda del árbol. ¿Qué está ocurriendo? Por primera vez siente miedo, pero también le sube una cosquilla que lo excita, que empuja su sangre hasta encenderle el rostro, hasta incendiar su fortaleza mansa. Tiembla: ¿qué le ocurre?

Su madre, avisada, llega corriendo. Desde lejos viene gritando su indignación, harta de papelones.

—¿Por qué me ha castigado Dios con este imbécil? ¿Por qué he de ser la madre de este bruto, hijo y nieto de tarados? ¿Qué puedo esperar? ¡Dame el hacha!

Santos retrocede.

—¡Dame el hacha te digo! ¡Dame el hacha o te convierto en badajo!

—¡No quiedo! ¡E'mía!

El círculo de curiosos se cierra nuevamente. Santos se siente perdido. Pero eso, quizá una voz, eso que le sube por el brazo, como un golpe de corriente, le dice:

—¡Levántame!

Y algo increíble ocurre: su madre se detiene, los ojos llenos de terror. Los demás se han ido ya.

—¡No serás capaz...!

Alguien —presume que el hacha— le susurra:

—Avanza un paso.

Santos obedece.

Cuando el árbol, con sus ochenta metros de sombra, incapaz de mantenerse vertical se derrumba contra el edificio, Santos se siente confirmado en la nueva convicción de que jamás habrá de obedecer a nadie más.

Y el tiempo pasa... A Santos le sobra leña, pero no tiene novia.

—Me llamo Pepe —dice, y nadie le discute. Su madre está presente pero guarda silencio. El Consejo de Notables lo ha llamado para que lo integre, hay una vacante por renuncia. Debe prestar el juramento de ley. No dice "sí, juro", solo asiente con la cabeza. Después, con el hacha al hombro, ocupa la silla vacía.

Pepe tiene traje nuevo y una sonrisa que todos le desconocen, pero jamás se quita ese gorro de lana

apolillada que le trajo su padre de Bolivia. También se resiste a llevar la dentadura postiza, pues la lengua, de por sí rebelde, parece burlarse de sí misma. En el colegio se ha dictado una norma, según la cual se exime a Pepe de pronunciar las eres y las eses, "para quitar los obstáculos que demoran su aprendizaje". Un herrero se ocupa, todas las mañanas, de frotar con esmeril los filos del hacha para mantener intacta su facultad de cortar. También por decreto, un rosal ocupa el cantero donde habitara el álamo.

El tiempo empecinado adicto del andar, sigue pasando...

Por esas vueltas de la vida, le ocurre a Pepe ocupar el sillón vecino al suyo, el sillón de la justicia. Y no es que le echaran en cara el haber cortado el álamo, mas la memoria del árbol ha crecido demasiado entre los jóvenes del edificio. Ha de ser también cortada. El rosal, de remontar escaso, es incendiado por la noche y Pepe, tiene temor de que la sombra vuelva a ocupar la ventana de su cuarto.

—¡Te lo has buscado! —le dice la madre—: les quitaste lo que era de ellos.



Pero antes de marchar lo alienta:

—La guerra y el amor son las más importantes lecciones que el hombre debe aprender para vivir. Procura hacer tu camino.

La persecución de los rebeldes se torna implacable. La lucha es dura, desde el alba se extiende el reguero de chispas por los pasillos de los cuatro bloques de cemento, desde abajo hacia arriba hasta las terrazas en donde cuelgan sus ropas los habitantes. Se suceden los crepúsculos en los que el fuego se repite, lenguas que todo lo ensucian y ennegrecen.

—No me arrepiento de lo que hice, de lo que hago y de lo que haré —insiste el joven rebelde. Pepe, con hacha en mano castiga.

Los combates se espacian y poco a poco retorna la paz. El triunfo del Consejo se afianza y Pepe recupera la tranquilidad. También con lentitud, el hacha va perdiendo la costumbre de almorzar la carne cervical del enemigo y adquiere una segunda, menos sangrienta: la de besarse con Pepe. Su madre se escandaliza.

—No me gusta lo que hacés —le dice.

Pepito, Pepito... no confundas el amor con la franeta...

Esos besos del hacha van tejiendo la leyenda de su vida, parca mueca de insomnios y alegrías. Es que son besos de lengua, en la vía pública, a la vista de todos. Pepe se transforma de nuevo.

Quemando el delantal de carnicero, es llamado a ocupar el sillón de la cultura. El olvido de su moral es un ejercicio permanente de los Notables frente a las necesidades de posguerra. La otra batalla ha comenzado. Abrumado por la imponente biblioteca, en uso de sus facultades decide Pepe que tamaño contenido es imposible de aprender por el común de los inquilinos. Recorre los anaqueles con decisión heroica, el polvillo del papel le agrede las fosas nasales con una alergia incurable. Presume que el tiempo de revisar los libros sería eterno comparado con el que dispone en realidad.

Y por la noche, más que pensar, escucha. Ya no es secreto para nadie que lo une al hacha una pasión incontrolada. Pensarlos es pensarlos juntos, inseparables. Duermen, se lavan, se hacen el amor. Los progresos de Pepe en su comunicación con los demás, están impregnados de la voz metálica del

hacha. Como siempre, Pepe escucha. Por la mañana, luego de lavar los restos del amor, la emprende contra los lomos más anchos para rescatar, de lo que queda, lo menos engorroso, pues la ciencia ya ha avanzado suficiente para garantizar el confort del porvenir.

Y pasa, pasa...

Llega el tiempo de transformarse en padrino de todos los séptimos hijos varones del consorcio. Con él, la más apremiante situación. Nadie le dice nada, pero escucha murmurar a sus espaldas la condena de ese amor tan libertino. Su madre es la única en recriminarle "por dormir con esa prostituta". Debe casarse bien para seguir siendo Notable.

Pero él no lo entiende así. No sabe si es amor o qué, pero durmiendo con el hacha él ya no siente frío. Incluso más, hay una cosquilla que lo envuelve y lo deleita cuando copula con ella, no siente ya necesidad de frotar con sus manos el músculo viril del bajo vientre. Jamás ha sentido nada con mujer ninguna. Si alguna vez fue urgido a relacionarse, el hacha siempre lo celó, quebrando los atisbos de romance con golpes certeros en las rizadas nuca. Tales actitudes exacerbaron la cosquilla de su cuerpo.

Así también se le hace difícil convivir con su madre. Noche tras noche, las orgías que estallan en su cuarto si a él lo hacen feliz, a la anciana la atormentan. Cada vez habla menos, cada vez se encierra más en el silencio que duerme en su mecedora. Ahora se limita a darle de comer, es decir, a prepararle la comida, porque a veces ni cena en el apuro de encerrarse en su cuarto. Ha abandonado todos los intentos de convencerle. Esos gritos lujuriosos, que atraviesan la puerta de madera, los corpúsculos del aire, el pabellón de sus orejas y sus tímpanos, han mellado para siempre su salud.

Mas, como suele ocurrir en otros cuentos, no son eternas las horas felices de los pocos. Una noche, los gritos alegres se transforman en un alarido que resquebraja las paredes, las copas y toda la estructura secular del edificio. Aturdida, a gatas respuesta del temblor, asciende la innumerable escalera nombrando sus recuerdos de madre. El espectáculo es terrible: Santos, agonizando de placer, acaba de perder sus atributos de hombre... en los filos ardientes de su amada.